

Capítulo 14

DIOS ES OMNIPRESENTE.

Nuestro Padre, sabemos que tú estás presente entre nosotros, pero nuestro conocimiento no es más que una figura y sombra de la verdad, y tiene poco del sabor espiritual y la dulzura interna que un conocimiento así debiera proporcionar. Esto es para nosotros una gran pérdida y la causa de gran debilidad de corazón. Ayúdanos a hacer de inmediato tantas enmiendas de vida como sean necesarias, antes de poder experimentar el verdadero significado de las palabras “En tu presencia hay plenitud de gozo”. Amén.

La palabra *presente* significa aquí, *cerca de, junto a*, mientras que el prefijo *omni* le da universalidad. Dios está aquí, en todas partes, cercano a todo, junto a todos. Son pocas las otras doctrinas enseñadas en las Escrituras con una claridad mayor que la doctrina de la omnipresencia divina.

Los pasajes que apoyan esta verdad son tan claros que haría falta un considerable esfuerzo para torcer su sentido. Declaran que Dios es inmanente a su creación; que no hay lugar alguno en el cielo, en la tierra o en el infierno, donde los hombres se puedan esconder de su presencia. Enseñan que Dios está lejano y cercano al mismo tiempo, y que en Él los hombres se mueven y viven y son. Y lo que es igualmente convincente es que a lo largo de todas las Escrituras nos llevan a dar por seguro que Dios es omnipresente, como manera de explicar otras realidades que ellas nos dicen acerca de Él.

Las Escrituras enseñan que Dios es infinito. Esto significa que su ser no conoce límites. Por consiguiente, su presencia tampoco deberá tener límites; es omnipresente. En su infinitud, rodea a la creación finita y la contiene. No hay lugar alguno más allá de Él donde pueda existir nada. Dios es nuestro ambiente, como el mar es al pez y el aire al ave. “Dios está sobre todas las cosas”, escribió Hildeberto de Lavardin, “debajo de todas las cosas; fuera de todas; dentro, pero no encerrado por ellas; fuera, pero no excluido; encima, pero no levantado; debajo, pero no oprimido; totalmente por encima, presidiendo; totalmente por debajo, sosteniendo; totalmente por dentro, llenando.

No podemos sostener de manera aislada la creencia de que Dios está presente dentro de su universo. Ésta tiene consecuencias prácticas en muchos aspectos del pensamiento teológico y pesa de manera directa sobre ciertos problemas religiosos, como por ejemplo, la naturaleza del mundo. Los hombres pensantes de casi todas las eras y culturas se han interesado por la pregunta de qué clase de mundo es éste.

*Señor, tú me examinas,
tú me conoces.
Sabes cuándo me siento
y cuándo me levanto;
aun a la distancia me
lees el pensamiento.
Salmo 139.1-2*

¿Es un mundo material que se gobierna a sí mismo, o es espiritual y lo gobiernan poderes invisibles? ¿Se explica a sí mismo este sistema con su engranaje, o yace su secreto en el misterio?

¿Comienza y termina en sí mismo el torrente de la existencia, o está su fuente más alta y más lejos, en medio de las colinas?

La teología cristiana afirma tener la respuesta a esas preguntas. No especula ni ofrece una opinión, sino que presenta su “Esto dice el Señor” como la autoridad en la cual se apoya. Declara positivamente que el mundo es espiritual: se originó en el espíritu, fluye del espíritu, es espiritual en su esencia, y carece de sentido sin el Espíritu que habita en él.

La doctrina de la omnipresencia divina personaliza la relación del hombre con el universo en el que se encuentra. Esta gran verdad central les da sentido a todas las demás verdades y le imparte un valor supremo a toda su pequeña vida. Dios está presente cerca de él, junto a él, y este Dios lo ve y conoce de una manera total y absoluta. En este punto es donde comienza la fe, y aunque siga adelante hasta incluir un millar de verdades maravillosas más, todas ellas hacen referencia a la verdad de que Dios es, y está aquí. “Porque es necesario”, dice la epístola a los Hebreos, “que el que se acerca a Dios crea que le hay.” Cristo mismo dijo: “Creéis en Dios; creed también...” Cualquiera que sea el “también” que añadamos a la creencia elemental en Dios, es superestructura, y por mucha que sea la altura a la cual se levante, seguirá apoyándose sólidamente en los cimientos originales.

La enseñanza del Nuevo Testamento es que Dios creó el mundo por el *Logos*, la Palabra [Verbo], y la Palabra se identifica con la segunda Persona de la Trinidad que estaba presente en el mundo aun antes de encarnarse en la naturaleza humana.

*Por la fe entendemos
que el universo fue
formado por la palabra
de Dios, de modo que lo
visible no provino de lo
que se ve.
Hebreos 11.3*

La Palabra hizo todas las cosas y permaneció en su creación para sostenerla y mantenerla, y al mismo tiempo ser una luz moral que les permitiera a todos los hombres distinguir entre el bien y el mal. El universo opera como un sistema ordenado, no por unas leyes impersonales, sino por la voz creadora de la Presencia inmanente e universal, el *Logos*.

El canónigo W. G. H. Holmes, de la India, contaba haber visto adoradores hindúes tocando con los nudillos a los árboles y las piedras mientras le susurraban “¿Estás ahí? ¿Estás ahí?” al dios que esperaban que residiera dentro de ellos. Con completa humildad, el cristiano instruido presenta la respuesta a esa pregunta. Sí, Dios está ahí. Está ahí, y está aquí, y en todas partes, no confinado a un árbol o a una piedra, sino libre en el universo, cercano a todo, junto a todos, y por medio de Jesucristo, inmediatamente accesible a todo corazón amante. La doctrina de la omnipresencia decide esto para siempre.

Para el cristiano convencido, esta verdades una fuente de profundo consuelo en el dolor, y de firme seguridad en todas las experiencias tan variadas de la vida. Para él, “la práctica de la presencia de Dios” no consiste en proyectar un objeto imaginario desde dentro de su propia mente, para después tratar de darse cuenta de su presencia; más bien consiste en reconocer la presencia real de Aquél de quien toda

teología sana declara que ya está presente; una entidad objetiva que existe sin relación alguna con cuanta aprensión sobre Él puedan tener sus criaturas. La experiencia resultante no es visionaria, sino real.

La certeza de que Dios está siempre cerca de nosotros, presente en todos los lugares de este mundo, más cercano a nosotros que nuestros propios pensamientos, nos debiera mantener en un estado de gran felicidad moral la mayor parte del tiempo, pero no todo el tiempo. Sería poco honrado prometerles a todos los creyentes un jubileo continuo, y menos que realista esperarlo.

*En todo lugar están
los ojos del SEÑOR,
observando a los
malos y a los
buenos.
Proverbios 15:3*

Así como un niño puede gritar de dolor aun cuando se halle protegido en los brazos de su madre, también es posible que un cristiano conozca a veces lo que es sufrir, aun en la presencia consciente de Dios. Aunque “siempre gozoso”, Pablo admitía que a veces sentía tristeza, y por nuestro bien, Cristo experimentó fuerte llanto y lágrimas, a pesar de que nunca se apartó del seno del Padre (Juan 1:18).

Pero todo irá bien. En un mundo como éste, las lágrimas tienen sus efectos terapéuticos. El bálsamo sanador que destilan las vestiduras de la Presencia que nos envuelve, cura nuestras dolencias antes que se vuelvan mortales. El conocimiento de que nunca estamos solos calma el agitado mar de nuestra vida y le habla de paz a nuestra alma.

Que Dios está aquí es algo que tanto las Escrituras como la razón declaran. Sólo nos queda a nosotros aprender a darnos cuenta de esto en nuestra experiencia consciente. Una frase de una carta escrita por el doctor Allen Fleece resume el testimonio de muchos otros: “Conocer que Dios está presente es algo bienaventurado, pero *sentir* su presencia no es ni más ni menos que pura felicidad.”

*Dios revela su presencia:
Ahora nosotros adorémosle,
y comparezcamos reverentes ante Él.*

*A Él sólo, a Dios, poseemos;
Él es nuestro Señor y Salvador;
alabado sea su nombre para siempre.*

*Dios mismo está con nosotros:
Aquél a quien las legiones angélicas
sirven con reverencia en las regiones celestiales.*

Gerhard Tersteegen